

Sale [más] caro morirse

Ruth Dibely Flores Pérez

Don Arturo había pasado la mayor parte de su vida siendo un hombre de números, no porque fuera contador o matemático, sino porque la pobreza lo había obligado a calcularlo todo. Desde cuántos frijoles alcanzaban para la semana, cuántas cuerdas podía caminar antes de pagar un camión, cuántos años más debía trabajar para que Inés, su única hija, no creciera con las mismas carencias que él.

Él intuía que la muerte rondaba sus huesos, podría jurar haber notado su presencia por el raballo del ojo y era consciente de que tenía que saldar una última cuenta.

—No quiero que gasten mucho, nada de lujos, un ataúd sencillo y ya— dijo una tarde, con la voz rasposa.

Inés lo miró desde la cocina, sentada en la mesa, moviendo con una cuchara su café para que éste se enfriara y no le quemara la lengua.

—No hables así, papá.

En ese punto era claro que él quería sonreír, pero a su boca ya le faltaban varios dientes y un brillo de melancolía se reflejaba en sus ojos.

—No es hablar así, Inés. Es ser práctico.

Desde hace varias semanas, el pobre hombre sentía que su cuerpo era una casa a punto de desplomarse, porque el ritmo de su corazón latía a marcha forzada y los pulmones parecían llenarse de aire prestado, como si éste ya no tuviese derecho de revivir ese cuerpo. Cada mañana los párpados se volvían más pesados, ya que al intentar abrirlos se sentía como si estuviera tratando de abrir una puerta trabada. No quería preocupaciones, ya bastante tenía con que Inés sacara adelante a sus dos hijos, lidiar con ese miserable sueldo que la maquiladora presume como competitivo para pagar las cuentas que nunca le daban tregua.

La madrugada se lo llevó en un suspiro largo y silencioso. Inés quedó paralizada entre el dolor y la urgencia. Nadie asume que en algún momento se encargará de un muerto y todo lo que este conlleva. Era la primera vez en su vida que tenía que lidiar con algo así y peor aún, con todo lo que costaba enterrarlo.

—¿Cuánto cuesta lo más sencillo? — preguntó al empleado de la funeraria, en aquella oficina pequeña donde el café pasado impregnaba hasta las paredes. El hombre sacó su calculadora, tecleó con esos dedos delgados a una velocidad que

impactaría a cualquiera y luego le extendió un papel con la cifra escrita en tinta azul.

Inés sintió que el suelo se abría bajo sus pies —¿Cómo puede costar tanto morir?— le dijo con voz quebrada, sintiendo cómo el dolor se materializaba y le intentaba arrancar los ojos.

—Los gastos funerarios incluyen el ataúd, la preparación del cuerpo, la sala de velación, el traslado, la comida, el café—. Seguía explicando el empleado con un tono más que ensayado, como aquel que recita una letanía. Lo poco seguía siendo mucho, incluso si el velorio se realizaba en casa, el ataúd y el servicio seguían siendo costosos. ¿En qué momento la muerte significaba sacrificar cinco meses de sueldo?

Inés pasó el día recorriendo opciones más baratas, pero en cada funeraria la respuesta era la misma: morir era un lujo que ni los vivos podrían pagar. La cremación, aunque parecía más económica, requería muchos trámites y pagos adicionales. “Económica” es un decir, porque seguía siendo bastante costosa. Los servicios municipales tenían listas de espera, como si hasta en la muerte hubiera que hacer fila. Las horas avanzaban, el tiempo no se había detenido por nadie y el cuerpo de su padre seguía esperando.

Al final, el velorio se hizo en casa, en la sala donde Don Arturo solía dormir, en el mismo sillón, viendo novelas con el volumen alto. Algunos vecinos trajeron velas o café y otros acomedidos trajeron sillas para aguantar la pena.

Inés no lloró hasta que la casa quedó vacía, sentada en esa mesa, con los recibos apilados frente a ella, esos que no iban a desaparecer, aunque los quemara.

Sintió que el mundo se le venía encima. La muerte no solo le cobró la vida a su padre, parecía también que le cobraba por mantenerlo muerto.